

 Cantaro

Colección del **MIRADOR**

# La gallina degollada

Y otros textos  
con sangre

HORACIO QUIROGA  
CARLOS TRILLO  
ALBERTO BRECCIA

Colección del *MIRADOR*

La gallina  
degollada

---

HORACIO QUIROGA

Colección del  
**MIRADOR**

**Coordinadora del Área de Literatura:** Laura Giussani

**Editores de la colección:** Karina Echevarría

**Secciones especiales:** Natalia Frate

**Correctora:** Amelia Rossi

**Jefe del Departamento de Arte y Diseño:** Lucas Frontera Schällibaum

**Diagramación:** Mariano Gaitán

**Gerente de Diseño y Producción Editorial:** Carlos Rodríguez

**Imagen de tapa:** Thinkstock

Quiroga, Horacio

La gallina degollada : y otros textos con sangre / Horacio Quiroga ; Carlos Trillo ; Alberto Breccia ; con prólogo de Natalia Frate. - 1a ed. - Boulogne : Cántaro, 2013. 64 p. ; 19x14 cm. - (Del Mirador; 238)

ISBN 978-950-753-358-7

1. Historietas. I. Trillo, Carlos II. Breccia, Alberto III. Frate, Natalia , prolog. IV. Título  
CDD 863.022 2

© de las ilustraciones: herederos de Alberto Breccia

© del texto de la historieta: herederos de Carlos Trillo

© Editorial Puerto de Palos S. A., 2013

Editorial Puerto de Palos S. A. forma parte del Grupo Macmillan.

Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina

Internet: [www.puertodepalos.com.ar](http://www.puertodepalos.com.ar)

Queda hecho el depósito que dispone la Ley 11.723.

Impreso en la Argentina / Printed in Argentina

ISBN 978-950-753-358-7

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

## Puertas de acceso

## Un autor único y diverso

*No empieces a escribir sin saber desde la primera palabra adónde vas. En un cuento bien logrado las tres primeras líneas tienen casi la misma importancia que las tres últimas.*

Este es uno de los consejos que Horacio Quiroga incluye en su *Decálogo del perfecto cuentista* y que, por supuesto, él aplica a la perfección. Sus historias, tal como él lo afirma, desde el comienzo comprometen al lector a que no abandone el texto hasta llegar al final. Si bien al principio parecieran ser historias simples o fotografías de situaciones, es ahí donde, justamente, radica su originalidad y su perfección de cuentista: presentar un texto con un realismo que pareciera no decir mucho, pero que sumerge al lector en una historia atrapante. Así es como este escritor nacido en Salto, Uruguay, desde la diversidad genérica de sus relatos y su estilo realista, pero con finales sorprendentes, hace que sus historias sean inolvidables.

Horacio Quiroga (1878-1937) tuvo una vida complicada, marcada por la tragedia. Su padre murió en un accidente de



caza, su padrastro se suicidó, al igual que sucedería años más tarde con su primera esposa. Estas experiencias, más sus inquietudes personales y vocacionales, fueron intensificando su carácter de buscador de aventuras: viajó a París, vivió en Misiones como inventor, estuvo en el Chaco plantando algodón, en Buenos Aires se apasionó por la mecánica y en San Ignacio (Misiones) trabajó como juez de paz. La diversidad de oficios y de lugares donde vivió, se formó y experimentó hace de su literatura una obra original, fundamental y de una multiplicidad única.

### *Aportes e influencias*

La obra de Quiroga se vio influida por las distintas corrientes literarias de la época: el modernismo, el realismo y el naturalismo. La primera de ellas, el modernismo, comenzó en Hispanoamérica de la mano del nicaragüense Rubén Darío (1867-1926), aunque tuvo como antecedente al cubano José Martí (1853-1895). Este movimiento, que encontró su máxima expresión en la poesía, proponía creatividad lingüística, refinamiento de las formas y preocupación por la métrica y el ritmo. Se vio influenciado por dos corrientes francesas: el parnasianismo



Horacio Quiroga (el primero arriba a la izquierda) junto a otros escritores e intelectuales de su época. Entre ellos, Leopoldo Lugones (el tercero arriba a la izquierda).

y el simbolismo. Un claro exponente de este movimiento fue Leopoldo Lugones, amigo de Quiroga y un referente literario. Es así como la primera etapa de la producción de Quiroga responde a esta corriente: *Los arrecifes de coral* (1901) es un destacado ejemplo del modernismo.

Sin embargo, la mayor parte de su obra responderá tanto a las características del realismo como a las del naturalismo. Estas corrientes surgieron en Europa hacia mediados del siglo XIX como respuesta a la tendencia cientificista y positivista de la época, y también a los planteos del movimiento romántico. Los autores destacados de este período fueron el francés Émile Zola (1840-1902) y el ruso Fiódor Dostoyevski (1821-1881), entre otros.

Las características de estas corrientes literarias fueron:

- La observación y la descripción de la realidad circundante tal cual es percibida.



Émile Zola (arriba) y Fiódor Dostoyevski (abajo), dos autores que influyeron en la obra de Quiroga.

- La búsqueda de objetividad.
- El intento de dar testimonio del mundo en el que vive el artista y, por eso, la elección de los temas entre aquello que le resulta cotidiano.
- La recreación, con la mayor exactitud posible, del ambiente que rodea a los personajes, mediante descripciones concretas y precisas.
- La reproducción de las variedades lingüísticas de

cada clase social para lograr una mayor verosimilitud en los textos.

- La presentación de una explicación lógica para las conductas humanas, evitando la presencia de elementos sobrenaturales.

### *Un estilo personal*

Además de las características anteriormente citadas, la obra de Quiroga presenta una serie de particularidades. Su narrativa breve puede agruparse según las temáticas que presentan los textos. Esta clasificación, por supuesto, no es excluyente y permite, a su vez, incluir un mismo texto dentro de distintos grupos.



- Los cuentos con fuerte influencia de Edgar A. Poe (1809-1849). Quiroga fue un ávido lector del escritor norteamericano y, por eso, muchos de sus textos presentan grandes similitudes. Por ejemplo: “El crimen del otro” y “La justa proporción de las cosas”.

- Los cuentos fantásticos, aquellos en los que la aparición de lo inexplicable genera duda en el lector. Estos textos, a su vez, pueden subdividirse en los que incluyen fenómenos parapsicológicos, como “El llamado”; los que presentan proyección onírica, como “Miss Dorothy Phillips, mi esposa”; las historias supersticiosas, como “Los buques suicidantes”; y finalmente las fábulas, relatos protagonizados por animales, como los que presenta la antología *Cuentos de la selva*.

- Los cuentos que profundizan sobre la relación conflictiva entre seres humanos (parejas, grupos familiares): “La gallina degollada”, “El almohadón de plumas”, “La meningitis y su sombra”. En estos textos, cobra protagonismo la psicología de los personajes.

- Los cuentos en los que predomina la lucha del ser humano frente a la naturaleza. La fuerza de la voluntad, el afán por dominar o encauzar la naturaleza es el objetivo. Por supuesto que esta “batalla” toma diferentes matices, teniendo en cuenta quién o cuál es el adversario. Pueden nombrarse: “El dinosaurio”, “La realidad”.

- Los cuentos en los que la muerte es una experiencia trágica, porque se presenta motivada por un imprevisto (“A la deriva”) o por el absurdo (“La gallina degollada”), otros ejemplos: “La miel silvestre”, “El hombre muerto”.

Los textos de Quiroga se destacan por determinados procedimientos estilísticos: por un lado, la utilización de ciertas fórmulas que se dirigen al lector, para establecer con él un acuerdo

o complicidad, por ejemplo: *“Esta vez los padres cayeron en honda desesperación. ¡Luego su sangre, su amor estaban malditos! ¡Su amor, sobre todo! Veintiocho años él, veintidós ella, y toda su apasionada ternura no alcanzaba a crear un átomo de vida normal. Ya no pedían más belleza e inteligencia como en el primogénito; ¡pero un hijo, un hijo como todos!”* (“La gallina degollada”). Por otro lado, cada uno de ellos se presenta desde una atmósfera trágica que se percibe ya en las primeras líneas y que, inevitablemente, conducirá al lector no solo a un desenlace fatal, sino también sorprendente, pero no necesariamente porque haya elementos sobrenaturales.

La naturaleza es un tema que preocupa y ocupa a Quiroga en sus textos. Está presente, en general, de manera dura y agresiva; esto quiere decir que el hombre no puede disfrutar pasivamente de ella, sino que debe estar atento, debe respetarla y entenderla. Eso es lo que proponen textos como “El vampiro” y “Los bebedores de sangre”.

Así como la naturaleza es prácticamente un personaje en la mayoría de sus cuentos, también lo es la muerte, aunque esta se presenta de formas muy diversas: sin sentido, en “La gallina degollada”; provocada, en “El vampiro”; o innecesaria, en “Los bebedores de sangre”. La muerte es una realidad, un desenlace lógico de la existencia humana, pero se percibe como fatal justamente en los casos mencionados, cuando es sorpresiva.

El autor refiere con simpleza, a veces cercana a la narración oral y espontánea, una anécdota, y pareciera que el protagonista de la historia no sufre ningún tipo de alteración o cambio en su vida a partir de ella. Pero esto es tan solo una apariencia. El lector ocupa aquí un rol fundamental para darle sentido a la historia. Detrás de esa supuesta pasividad, que a veces se acerca al cuadro costumbrista o a la mera descripción, hay una profunda activi-

dad de reflexión dirigida hacia la universalidad del ser humano y su destino. Este es el caso, por ejemplo, de “Los bebedores de sangre” y “El vampiro”, en los que, a partir de un mero suceso contado por sus protagonistas, en el que pareciera no sucederle demasiado a cada uno de ellos, se sugiere una importante reflexión sobre la naturaleza y el ser humano.

### A cada texto le corresponde una estructura

“La gallina degollada”, “El vampiro” y “Los bebedores de sangre” tienen en común la narración o relato realista. Los tres se presentan como producto de la observación del hombre y la naturaleza. Sin embargo, cada uno de ellos corresponde a un tipo diferente de texto: un cuento, una anécdota y una carta.

“La gallina degollada” es un cuento que plantea la relación conflictiva de un matrimonio luego de que sus primeros cuatro hijos padecieran una enfermedad mental con graves consecuencias. Berta y Mazzini se casan muy jóvenes y, en seguida, conciben a su primogénito, quien a los dieciocho meses enferma y sufre algún tipo de retraso mental. Lo mismo les sucede a los tres siguientes. Esto provocará en la pareja una tensión que se percibirá desde el comienzo hasta el final del relato. Cada uno responsabiliza al otro de la transformación de “sus hermosos hijos” en “monstruos”. Sin embargo, cuando parece que todo está perdido, llega Bertita a sus vidas. Su crianza se transforma en la prioridad, y el cuidado de sus otros hijos, en olvido. Todo parece estar equilibrado hasta que las cuatro “bestias” ven cómo la sirvienta degüella una gallina. Se presenta así un cuento cruel, desde una muerte sin sentido.

Como todo cuento, “La gallina degollada” es una narración breve de sucesos que tiene una estructura determinada: la situa-

ción inicial (presenta a los personajes, el lugar y el tiempo en el que transcurre la historia; a veces también introduce al lector en el conflicto, mediante alguna situación), la complicación (es el momento en el que se desarrolla el conflicto, se rompe el equilibrio inicial) y el desenlace (se resuelve el problema ya sea de manera favorable o desfavorable para los personajes).

Otro de los elementos del cuento lo constituyen los personajes, quienes, en este caso, al formar parte de un relato realista, representan a personas comunes, con las que el lector podría identificarse fácilmente.

La presencia de un narrador es imprescindible para este tipo de texto. Él es quien señala el punto de vista y, dependiendo de cuál sea su posición con respecto a los hechos narrados, puede clasificarse en externo o interno. En el primer caso, se ubica fuera de la historia; en caso contrario, forma parte de esta ya sea como un testigo o como protagonista de la acción. Otra de las cuestiones que hay que tener en cuenta es el grado de conocimiento que el narrador tenga sobre los hechos narrados. Así, sin importar que sea externo o interno, puede clasificarse en: omnisciente (aquel que sabe más que los personajes, sabe todo, hasta el final), equisciente (el que conoce lo mismo que los personajes, así que no puede agregar ninguna explicación sobre los hechos) y deficiente (es aquel que puede comunicar solo lo que oye, ve o alguien le cuenta; es un testigo o cronista).

Todo cuento, a su vez, presenta un marco: tiempo y espacio. El tiempo se refiere tanto a la época como a la duración de la historia. Esta puede suceder en el pasado, en el presente o en el futuro, así como también puede comprender unas horas, días o años. El espacio se refiere al lugar donde suceden los hechos. Puede ser un lugar geográfico concreto o simplemente estar sugerido desde la descripción o la mención de elementos.

## La gallina degollada

HORACIO QUIROGA

Todo el día, sentados en el patio, en un banco estaban los cuatro hijos idiotas del matrimonio Mazzini-Ferraz. Tenían la lengua entre los labios, los ojos estúpidos, y volvían la cabeza con la boca abierta.

El patio era de tierra, cerrado al oeste por un cerco de ladrillos. El banco quedaba paralelo a él, a cinco metros, y allí se mantenían inmóviles, fijos los ojos en los ladrillos. Como el sol se ocultaba tras el cerco, al declinar los idiotas tenían fiesta. La luz enceguecedora llamaba su atención al principio, poco a poco sus ojos se animaban; se reían al fin estrepitosamente, congestionados por la misma hilaridad<sup>1</sup> ansiosa, mirando el sol con alegría bestial, como si fuera comida.

Otras veces, alineados en el banco, zumbaban<sup>2</sup> horas enteras, imitando al tranvía eléctrico. Los ruidos fuertes sacudían asimismo su inercia<sup>3</sup>, y corrían entonces, mordiéndose la lengua y mugiendo, alrededor del patio. Pero casi siempre estaban apagados en un sombrío letargo de idiotismo, y pasaban todo el día sentados

---

1 *Hilaridad*: gozo, alegría, algazara.

2 *Zumbar*: producir un sonido continuado.

3 *Inercia*: rutina, desidia.

en su banco, con las piernas colgantes y quietas, empapando de glutinosa<sup>4</sup> saliva el pantalón.

El mayor tenía doce años y el menor, ocho. En todo su aspecto sucio y desvalido se notaba la falta absoluta de un poco de cuidado maternal.

Esos cuatro idiotas, sin embargo, habían sido un día el encanto de sus padres. A los tres meses de casados, Mazzini y Berta orientaron su estrecho amor de marido y mujer, y mujer y marido, hacia un porvenir mucho más vital: un hijo. ¿Qué mayor dicha para dos enamorados que esa honrada consagración de su cariño, libertado ya del vil egoísmo de un mutuo amor sin fin ninguno y, lo que es peor para el amor mismo, sin esperanzas posibles de renovación?

Así lo sintieron Mazzini y Berta, y cuando el hijo llegó, a los catorce meses de matrimonio, creyeron cumplida su felicidad. La criatura creció bella y radiante, hasta que tuvo año y medio. Pero en el vigésimo mes sacudiéronlo una noche convulsiones terribles, y a la mañana siguiente no conocía más a sus padres. El médico lo examinó con esa atención profesional que está visiblemente buscando las causas del mal en las enfermedades de los padres.

Después de algunos días los miembros paralizados recobraron el movimiento; pero la inteligencia, el alma, aun el instinto, se habían ido del todo; había quedado profundamente idiota, baboso, colgante, muerto para siempre sobre las rodillas de su madre.

—¡Hijo, mi hijo querido! —sollozaba esta, sobre aquella espantosa ruina de su primogénito.

El padre, desolado, acompañó al médico afuera.

—A usted se le puede decir: creo que es un caso perdido.

<sup>4</sup> *Glutinosa*: viscosa y pegajosa.

Podrá mejorar, educarse en todo lo que le permita su idiotismo, pero no más allá.

—¡Sí!... ¡Sí! —asentía Mazzini—. Pero dígame: ¿Usted cree que es herencia, que...?

—En cuanto a la herencia paterna, ya le dije lo que creía cuando vi a su hijo. Respecto a la madre, hay allí un pulmón que no sopla bien. No veo nada más, pero hay un soplo un poco rudo. Hágala examinar detenidamente.

Con el alma destrozada de remordimiento, Mazzini redobló el amor a su hijo, el pequeño idiota que pagaba los excesos del abuelo. Tuvo asimismo que consolar, sostener sin tregua a Berta, herida en lo más profundo por aquel fracaso de su joven maternidad.

Como es natural, el matrimonio puso todo su amor en la esperanza de otro hijo. Nació este, y su salud y limpidez de risa reencendieron el porvenir extinguido. Pero a los dieciocho meses las convulsiones del primogénito se repetían, y al día siguiente el segundo hijo amanecía idiota.

Esta vez los padres cayeron en honda desesperación. ¡Luego su sangre, su amor estaban malditos! ¡Su amor, sobre todo! Veintiocho años él, veintidós ella, y toda su apasionada ternura no alcanzaba a crear un átomo de vida normal. Ya no pedían más belleza e inteligencia como en el primogénito; ¡pero un hijo, un hijo como todos!

Del nuevo desastre brotaron nuevas llamaradas del dolorido amor, un loco anhelo de redimir de una vez para siempre la santidad de su ternura. Sobrevinieron mellizos, y punto por punto repitióse el proceso de los dos mayores.

Mas por encima de su inmensa amargura quedaba a Mazzini y Berta gran compasión por sus cuatro hijos. Hubo que arrancar del limbo de la más honda animalidad, no ya sus almas, sino el

instinto mismo, abolido. No sabían deglutir, cambiar de sitio, ni aun sentarse. Aprendieron al fin a caminar, pero chocaban contra todo, por no darse cuenta de los obstáculos. Cuando los lavaban mugían hasta inyectarse de sangre el rostro. Animábanse solo al comer, o cuando veían colores brillantes u oían truenos. Se reían entonces, echando afuera lengua y ríos de baba, radiantes de frenesí<sup>5</sup> bestial. Tenían, en cambio, cierta facultad imitativa; pero no se pudo obtener nada más.

Con los mellizos pareció haber concluido la aterradora descendencia. Pero pasados tres años desearon de nuevo ardientemente otro hijo, confiando en que el largo tiempo transcurrido hubiera aplacado la fatalidad.

No satisfacían sus esperanzas. Y en ese ardiente anhelo que se exasperaba en razón de su infructuosidad, se agriaron. Hasta ese momento cada cual había tomado sobre sí la parte que le correspondía en la miseria de sus hijos; pero la desesperanza de redención ante las cuatro bestias que habían nacido de ellos echó afuera esa imperiosa necesidad de culpar a los otros, que es patrimonio específico de los corazones inferiores.

Iniciáronse con el cambio de pronombre: *tus* hijos. Y como a más del insulto había la insidia<sup>6</sup>, la atmósfera se cargaba.

—Me parece —díjole una noche Mazzini, que acababa de entrar y se lavaba las manos— que podrías tener más limpios a los muchachos.

Berta continuó leyendo como si no hubiera oído.

—Es la primera vez —repuso al rato— que te veo inquietarte por el estado de tus hijos.

Mazzini volvió un poco la cara a ella con una sonrisa forzada:

—De nuestros hijos, ¿me parece?

<sup>5</sup> *Frenesí*: violenta exaltación y perturbación del ánimo.

<sup>6</sup> *Insidia*: palabra o acción que envuelven mala intención.

—Bueno, de nuestros hijos. ¿Te gusta así? —alzó ella los ojos. Esta vez Mazzini se expresó claramente:

—¿Creo que no vas a decir que yo tenga la culpa, no?

—¡Ah, no! —se sonrió Berta, muy pálida— ¡pero yo tampoco, supongo!... ¡No faltaba más!... —murmuró.

—¿Qué no faltaba más?

—¡Que si alguien tiene la culpa, no soy yo, entiéndelo bien! Eso es lo que te quería decir.

Su marido la miró un momento, con brutal deseo de insultarla.

—¡Dejemos! —articuló, secándose por fin las manos.

—Como quieras; pero si quieres decir...

—¡Berta!

—¡Como quieras!

Este fue el primer choque y le sucedieron otros. Pero en las inevitables reconciliaciones, sus almas se unían con doble arrebatado y locura por otro hijo.

Nació así una niña. Vivieron dos años con la angustia a flor de alma, esperando siempre otro desastre. Nada acaeció, sin embargo, y los padres pusieron en ella toda su complacencia, que la pequeña llevaba a los más extremos límites del mimo y la mala crianza.

Si aun en los últimos tiempos Berta cuidaba siempre de sus hijos, al nacer Bertita olvidose casi del todo de los otros. Su solo recuerdo la horrorizaba, como algo atroz que la hubieran obligado a cometer. A Mazzini, bien que en menor grado, pasábale lo mismo. No por eso la paz había llegado a sus almas. La menor indisposición de su hija echaba ahora afuera, con el terror de perderla, los rencores de su descendencia podrida. Habían acumulado hiel<sup>7</sup> sobrado tiempo para que el vaso no quedara dis-tendido, y al menor contacto el veneno se vertía afuera. Desde el

<sup>7</sup> *Hiel*: amargura.

primer disgusto emponzoñado habíanse perdido el respeto; y si hay algo a que el hombre se siente arrastrado con cruel fruición<sup>8</sup> es, cuando ya se comenzó, a humillar del todo a una persona. Antes se contenían por la mutua falta de éxito; ahora que este había llegado, cada cual, atribuyéndolo a sí mismo, sentía mayor la infamia de los cuatro engendros que el otro habíale forzado a crear.

Con estos sentimientos, no hubo ya para los cuatro hijos mayores afecto posible. La sirvienta los vestía, les daba de comer, los acostaba, con visible brutalidad. No los lavaban casi nunca. Pasaban todo el día sentados frente al cerco, abandonados de toda remota caricia. De este modo Bertita cumplió cuatro años, y esa noche, resultado de las golosinas que era a los padres absolutamente imposible negarle, la criatura tuvo algún escalofrío y fiebre. Y el temor a verla morir o quedar idiota tornó a reabrir la eterna llaga.

Hacía tres horas que no hablaban, y el motivo fue, como casi siempre, los fuertes pasos de Mazzini.

—¡Mi Dios! ¿No puedes caminar más despacio? ¿Cuántas veces...?

—Bueno, es que me olvido; ¡se acabó! No lo hago a propósito.

Ella se sonrió, desdeñosa:

—¡No, no te creo tanto!

—Ni yo jamás te hubiera creído tanto a ti... ¡tisiquilla!<sup>9</sup>

—¡Qué! ¿Qué dijiste?...

—¡Nada!

—¡Sí, te oí algo! Mira: ¡no sé lo que dijiste; pero te juro que prefiero cualquier cosa a tener un padre como el que has tenido tú!

<sup>8</sup> *Fruición*: complacencia, goce, disfrute.

<sup>9</sup> *Tisiquilla*: diminutivo de *tísica*, que padece tisis (tuberculosis pulmonar).

Mazzini se puso pálido.

—¡Al fin! —murmuró con los dientes apretados—. ¡Al fin, víbora, has dicho lo que querías!

—¡Sí, víbora, sí! Pero yo he tenido padres sanos, ¿oyes?, ¡sanos! ¡Mi padre no ha muerto de delirio! ¡Yo hubiera tenido hijos como los de todo el mundo! ¡Esos son hijos tuyos, los cuatro tuyos!

Mazzini explotó a su vez.

—¡Víbora tísica! ¡Eso es lo que te dije, lo que te quiero decir! ¡Pregúntale, pregúntale al médico quién tiene la mayor culpa de la meningitis de tus hijos: mi padre o tu pulmón picado, víbora!

Continuaron cada vez con mayor violencia, hasta que un gemido de Bertita selló instantáneamente sus bocas. A la una de la mañana la ligera indigestión había desaparecido, y como pasa fatalmente con todos los matrimonios jóvenes que se han amado intensamente una vez siquiera, la reconciliación llegó, tanto más efusiva cuanto infames fueran los agravios.

Amaneció un espléndido día, y mientras Berta se levantaba escupió sangre. Las emociones y mala noche pasada tenían, sin duda, gran culpa. Mazzini la retuvo abrazada largo rato, y ella lloró desesperadamente, pero sin que ninguno se atreviera a decir una palabra.

A las diez decidieron salir, después de almorzar. Como apenas tenían tiempo, ordenaron a la sirvienta que matara una gallina.

El día radiante había arrancado a los idiotas de su banco. De modo que mientras la sirvienta degollaba en la cocina al animal, desangrandolo con parsimonia (Berta había aprendido de su madre este buen modo de conservar la frescura de la carne), creyó sentir algo como respiración tras ella. Volvióse, y vio a los cuatro idiotas, con los hombros pegados uno a otro, mirando estupefactos la operación... Rojo... rojo...

## Índice

<b>Puertas de acceso</b>	3
Un autor único y diverso	5
Aportes e influencias	6
Un estilo personal	8
A cada texto le corresponde una estructura	11
Un cuento de historieta	14
La historieta tiene su historia	16
<b>La obra</b>	21
“La gallina degollada”, de Horacio Quiroga	21
<i>La gallina degollada</i> , de Trillo y Breccia	33
Otros textos con sangre	45
“Los bebedores de sangre”, de Horacio Quiroga	47
“El vampiro”, de Horacio Quiroga	53
<b>Bibliografía</b>	57